



Fecha de recepción: 2014-04-07
Fecha de aceptación: 2014-04-08

Gajes del oficio José F. Vásquez, fundador de la OFUNAM José Jesús Vásquez Torres*



Pertenece a un viaje que mi padre hizo por España.
Está sentado con Antonio Muñoz Toca.

Presentación José F. Vásquez

Fundador de la Escuela Nacional de Música, de lo que también hoy se conoce como Orquesta Filarmónica de la Universidad Nacional Autónoma de México (OFUNAM) y de la Escuela Libre de Música, el maestro José F. Vásquez, permanece en el olvido dentro del cúmulo de músicos (hombres y mujeres) de brillante trayectoria y cuya obra hoy sus descendientes tratarán de rescatar para las nuevas generaciones.

José Jesús Vásquez, hijo de aquel brillante músico don José F. Vásquez, se ha embarcado en una tarea que parece titánica, pero que no lo desanima. En estos momentos ha presentado al CONACULTA una iniciativa enfocada en el rescate de la memoria y de la vasta obra musical de su padre, pero aún no recibe respuesta por parte de este organismo gubernamental.

Según el rastreo que ha realizado, el trabajo de su padre está integrado por más de 200 obras, entre las que se encuentran ocho óperas, cinco sinfonías, tres conciertos para piano y orquesta, dos conciertos para violín y orquesta, el tríptico sinfónico *Acuarelas de viaje*, la *Sinfonietta*, la *Suite romántica* para orquesta de cuerdas, una *Misa de Réquiem*, el *Ballet La Ofrenda*, la cantata *IV Centenario de la UNAM*, la cantata *Liberación*, una rica serie de 60 *Lieder* con textos en español y en latín, además de numerosos estudios para piano, tríos, sonatas, romanzas para cuerdas y piano, mazurcas y preludios para piano.

Pese a ser uno de los compositores más prolíficos de la música mexicana, se encuentra en el olvido. El acervo del maestro Vásquez está resguardado en la biblioteca de la Escuela Nacional de Música.

Durante más de 20 años José F. Vásquez fue maestro de composición, solfeo y armonía en el Conservatorio Nacional de Música del INBA y desempeñó diversos cargos durante su trayectoria, destacando los de director de Radio UNAM, director general de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, director del Departamento de Música del DDF, director de la Orquesta Típica de la Ciudad de México, director de la Banda de Policía del DF, entre otros.

José F. Vásquez Cano, nació 4 de octubre de 1896 en la ciudad de Arandas, Jalisco, y murió en México, DF, el 19 de diciembre de 1961, a la edad de 66 años.

* Hijo de José F. Vásquez; es escritor, dramaturgo y maestro de teatro. Su obra más reciente es el poemario *Letras Cúnticas. Hay dos formas de ver la vida, con miedo, o con curiosidad* (2014). Actualmente radica en Barcelona, España.



Pertenece a un viaje que mi padre hizo por España. En una aparece ensayando con la Orquesta Sinfónica de Asturias

Así empieza Gabriel Pareyón su libro, fruto de una investigación (la primera) dirigida a rescatar la memoria de un músico casi desconocido, incluso para los

hijos de 10 y 7 años que dejó huérfanos el 19 de diciembre de 1961.

Ese hombre fue mi padre y con su muerte arrancó una prolongada etapa de silencio y de olvido, tanto de su figura como de su música, resultado de una serie de factores de muy diversa índole.

Igualmente, llama la atención su protagonismo velado, más cuando posee autenticidad artística y no una efímera aparición sujeta a acontecimientos políticos, respaldados en el cartel del régimen que anuncia los patrones del supuesto ideal, en época de Vásquez, tendientes al populismo exacerbado. Éste es un ejemplo óptimo, de cómo la historia no se escribe sino con el dictamen oficial, con la pose de academia y la simpatía del amanuense [...]¹

Es probable que la apreciación de Pareyón se acerque a lo que yo pienso de mi padre, no obstante, mi criterio está integrado por dos corrientes de conocimiento sustitutas de la vivencia, digamos común, que un hijo usufructúa desde la cuna y luego cada día, hasta una desaparición paterna, deseablemente tardía.

Por un lado, la oralidad, controversial y

Pocas son las figuras en la música mexicana del siglo XX cuya trayectoria haya influido tanto en el desarrollo de este arte, como lo es el caso de José F. Vásquez... Gabriel Pareyón, en *Una voz que a los oídos llega*.

multifacética, acaso capturada por anécdotas caprichosas y muy puntuales pero no siempre fiables. Por otro, algunas muestras documentales de su tiempo. Poca cosa. Por eso yo confiaba más en mi instinto, por ese tiempo atareado en descodificar olores, imágenes o voces a través de un filtro tan frágil y penoso como puede ser la memoria infantil en un reducto de orfandad.

Era yo el hijo de un vivo famoso, pero aparentemente desconocido como muerto. Un verdadero dilema. Todo lo que por entonces sabía de él, era poco. Demasiado poco para cualquier hijo. Y demasiado traumático para un hijo que, además, tres años después, vio cómo la violinista Gloria Torres, su madre, moría a los 42 años.

Así pues, la vida quiso abonar el escenario más propicio para olvidar. Y para tener qué hacerlo, por supervivencia. Hasta que un día se insinuó una señal (la primera) como detonante para un cambio, y todo recomenzó.

— *¿Papá, verdad que mi abuelo está en la enciclopedia?*

Ya se sabe que los niños son los verdaderos maestros, y mi hijo, Omar, entonces con 7 años, con esa inocencia radical abierta al misterio, a la confianza en la vida y al amor al mundo, fue preciso y puntual. Lo demás fue una breve interpretación intestina de aquel mensaje, y el inmediato deseo de ir en busca del origen cruzando la cortina de ese olvido tan higiénico y tan útil que usé para construir mi mundo encima de la desaparición completa, en tan sólo 5 años, de una familia: la mía.



¹ Gabriel Pareyón, *José F. Vásquez. Una voz que a los oídos llega*. Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, México, 1996, 202 pp.

Dossier



Músicos olvidados

Al día siguiente inicié la búsqueda de las partituras, la única herencia rescatable, si es que aún existía, parte nodal de un expolio ejecutado a rajatabla y en poco tiempo.

Dos niños huérfanos no representaron ningún obstáculo para su total consumación. ¿Por dónde comenzar...? ¿Cómo hacerlo?

A partir de entonces reorganicé mi agenda cotidiana dedicando al menos un día de la semana a la investigación de un asunto impregnado no sólo de entraña, sino además, de una enorme curiosidad. ¿Quién fue José F. Vásquez? Me lo preguntaba probablemente hasta en sueños, mientras repasaba mis argumentos para la próxima cita con los personajes que fueron acudiendo desde el archivo mental del niño que fui por aquellos años. Amigos, músicos, alumnos, contemporáneos, colegas o periodistas, fantasmas todos que a veces reaparecían en la memoria sin nombre o sin apellido, apenas un rostro o un apodo; una vaga imagen vestida de esmoquin, tras un concierto, solistas o directores huéspedes de la Orquesta de la Universidad. Tal vez el personaje de alguna reunión amistosa entre músicos que tocaban el Pleyel de caoba traído de París, o una soprano famosa elogiando la voz de María Rosa, mi hermana menor. O la sonrisa curiosa de un tenor... —¿Y tú, vas a ser pianista o director? Y a mi madre defendiendo la primacía de su instrumento... —¿Verdad que vas a ser violinista, hijo?

La reconstrucción de tales momentos tomando como base la perspectiva infantil, es en apariencia, infiel. Sin embargo, no lo fue. Quizá porque cuando la vida se comprende como una misión en serie o como un menú diario de dificultades por resolver, ese instinto del niño prevalece convirtiéndose en antena completamente abierta a la recepción de señales. Como la siguiente.

Un día estando en la bahía de Istanbul, recordé que en mi última visita a la biblioteca de una orquesta x, había quedado de ir a recoger un lote de partituras de reciente localización, pero el inesperado viaje me lo impidió. A mi regreso pasaron algunos días. De pronto, una noche desperté a media madrugada pensando en mi padre. ¡Las partituras! —*Me dije*. Y en cuanto dieron las nueve de la mañana, le llamé a mi secretaria para cancelar todo compromiso en la agencia de viajes que por entonces yo dirigía. En ese momento sentí el impulso imperativo de ir ese día por la música; no quise posponerlo otro día más.

Cuando llegué con el bibliotecario, no me esperaba y tuve que aguardar más de dos o tres horas (no lo sé con certeza) a que arribara el entonces director titular de aquella orquesta, pero nunca lo hizo. Así que decidido a obtener las partituras, le pedí a la secretaria que hiciéramos una lista de las obras que me iba a llevar. Y así fue. Creí decente hacerlo y quizás hasta útil, pensando (tal vez debo decir, deseando) que más adelante ese director tuviera a bien solicitar alguna obra para su ejecución.

Algo que nunca sucedió.

Pues bien, ya estando en mi casa fui sacando las partituras para sentirlas, para según yo, comunicarme de alguna manera con el autor. De pronto, de la partitura orquestal de la ópera, *El Mandarín*, se escurrió una partichela que de inmediato reconocí. Eran dos preludios y una tarantela que mi padre escribió para el incipiente alumno de piano que era yo, a la edad de 6 años. "Para mi hijo José Jesús, 19 de octubre de 1957".

En ese momento comprendí mi rol no sólo de hijo, sino como actor de una historia de reencuentro a través del rescate de una obra musical; la obra de toda una vida de un músico, al que muy poco conocí. Creí oír latir mi corazón más fuerte. Entre mis manos estaba esa dedicatoria de José F. Vásquez y enfrente de mí, un calendario



Pável Granados Pertenece a la revista "Todo", de 1933.

donde todos mis sentidos punteaban otra señal, la segunda... La fecha de ese día: 19 de octubre de 1987.

¡Perfecto! —*Pensé, estremecido y feliz, confiado en la sincronía magistral de la vida.* Y así en ese tono, hasta hoy he conseguido leer a primera vista e interpretar esas señales, o coincidencias, si lo prefieren. Jung las denominó, sincronidades. De un modo u otro, cada vez que han ocurrido me siento como en aquellos años, cuando al llegar de algún concierto, ese músico me preguntaba: *Hijo, ¿hiciste la tarea?*

En 2013 se cumplieron 53 años desde su desaparición física y es muy poco el camino recorrido que, quizá por sinuoso, no ha dejado de llevarme a sitios asombrosos, incluyendo un bazar de La Laguni-lla, donde fortuitamente encontré un par de estudios para piano, o al garaje de un director muy prestigioso que jamás me quiso recibir y que un día, con mucho gusto, dejó ahí apilada la música para que yo fuera cuando quisiera. O una vecindad del viejo centro de la ciudad de México, donde me fueron entregadas fotos y programas de una de sus giras por Europa. O a las diversas oficinas, de los diversos funcionarios, de las diversas épocas sexenales que siempre me han felicitado por mi valioso rescate.

Y así debe ser el oficio del detective, sin duda. Así también su duda, o la ineludible aparición de su desaliento de cara a los llamados callejones sin salida, frente a los rechazos o a causa de las falsas pistas. Así también debería ser quizá mi asimilación de los silencios que me han dicho mucho, y de palabras que no me han dicho nada. O frente al desconocimiento de su obra o ante el menosprecio de mis derechos. Es decir, los gajes del oficio.

Sin embargo, las misiones están para cumplirse y en la vida cada quien va eligiendo sus prioridades, y este músico, ha sido, es, y será, una de las que le han dado un verdadero sentido orquestal a mi vida.

Hace 9 años, desde que vivo en Euro-
pa, dejé mi labor detectivesca no porque
haya recuperado ya el 95% de la obra. No.
Sino porque parece ser el momento en
que yo, como público, debo callar. Creo
muy oportuno el momento para que
los directores levanten sus batutas y nos
permitan descubrir quién fue José F. Vás-
quez. Ojala sea así.

Yo mientras me mantengo, Allegro re-
allegro y con brío. Solicitando una vez
más la intervención del gobierno a través
de CONACULTA, con un proyecto basado
en cinco puntos:

- 1) Digitalizar la totalidad de la obra de José F. Vásquez
- 2) Editar las partituras
- 3) Organizar un homenaje
- 4) Realizar alguna grabación conmemorativa
- 5) Encabezar una propuesta ante el Congreso de la Unión, para efectuar el traslado de sus restos mortales a La Rotonda de las Personas Ilustres.

Por último retomo el texto de Gabriel Pareyón, donde pregunta lo que suelo yo plantearme cuando pienso en mis límites:

“¿Quién adoptará el legado de José F. Vásquez con el objetivo de reconocerlo finalmente en su dimensión justa? Son muchas las instancias que deben rendir gratitud a esta figura, y muchas las historias que deben tomarlo en cuenta, a fin de estrechar —con la opinión heterogénea— el juicio limitado de quien las escribe”²



Esta es una copia de la partitura del Ballet Azteca, La ofrenda (1931).

² *Idem.*



Fecha de recepción: 2014-04-07
 Fecha de aceptación: 2014-04-08

Arturo Tolentino Hernández: el músico olvidado por Ciudad Juárez*

Raúl Balderrama Montes**



Arturo Tolentino
 Hernández

Uno de los compositores más reconocidos de México durante el siglo XX y en la actualidad es Arturo Tolentino. Su vals *Ojos de juventud*, es considerado como uno de los más bellos de México y digno representante en el ramo de la música de Coahuila, de donde es nativo Tolentino.

Arturo nació en Sierra Mojada, localidad ubicada en el extremo oeste de ese estado, a pocos kilómetros de la frontera con Chihuahua, entre las faldas de una serranía situada en lo profundo del Bolson de Mapimí, también conocido como Comarca Lagunera. Sus abuelos paternos fueron Pedro García y Francisca Tolentino de Santa María de las Parras, Coahuila. Sus padres, Juan García Tolentino de Parras y Herlinda Hernández García, originaria de Mapimí, se unieron en matrimonio en 1887 y decidieron hacer vida en la recién fundada Villa de Sierra Mojada, dedicándose al comercio. En el otoño de 1888, un miércoles 12 de septiembre a las seis de la tarde, nació su primer hijo a quien registraron y bautizaron con el nombre de Arturo.

Herlinda contaba con 20 años y Juan con 24 cuando recibieron al primero de los ocho hijos que conformarían la familia García Hernández: Arturo, María, Ernesto, Ofelio, Juan, Emilio, Juan Otilio y Rafael.

En el siglo XIX y hasta los años 40 del siglo XX, los registros de nacimientos eran realizados únicamente por el padre, y en escasas ocasiones por la madre. José García Tolentino registró a sus hijos con sus apellidos, como si fueran sus hermanos, anulando el de su esposa Herlinda Hernández. Esto indica que en el acta de nacimiento el nombre de

nuestro creador aparece como Arturo García Tolentino y no Arturo García Hernández. Con el tiempo Arturo, como todos sus hermanos, en la edad adulta decidió tomar el apellido de su abuela sustituyendo García por Tolentino y otorgándole el lugar al apellido de su madre. Así se registraría, a partir de entonces, en todos los documentos oficiales, como Arturo Tolentino Hernández.

La obra de Arturo Tolentino, localizada de 1992 hasta la fecha, consta de veinte composiciones: *Ojos de juventud* (vals) 1921; *Alma de bohemio* (Fox Trot) que en Parral cambió de nombre por el de *Alma parralense* 1922; *Parral unionista* (marcha) 1922; *Hora de encanto* (vals) 1925; *Almas gemelas* (vals) 1925; *Besos furtivos* (vals) 1925; *Intermezzo sinfónico* 1926; *Flor María* (vals) 1928; *Ven para siempre* (danza) 1929; *Dora* (vals); *En alas del ensueño* (vals); *Sonrisas de primavera* (vals); *La dama blanca*; *Maravilla*; *Muñequita*; *Tricolor*; *Tus ojos*; *Uranus*; *Alma Lis*; y el tango *Negra mala*.

La principal influencia en su gusto por la música se lo debe a su madre Herlinda Hernández García: "La formación musical de Tolentino Hernández, no tuvo el seguimiento académico, [...] sus conocimientos fueron adquiridos a través de su madre, quien además de tocar el piano poseía algunas facultades para la composición."¹ La familia García Hernández decidió cambiar de residencia y dejar Sierra Mojada en 1901, después de 12 años de compartir sus vidas en esta villa que los vio crecer.

Es el poblado de Santa Eulalia del municipio de Aquiles Serdán en Chihuahua,

*El presente artículo es un resumen del trabajo de tesis: "Arturo Tolentino Hernández: su obra musical y su impacto de 1920 a 1954", con la cual se pretende obtener el grado de Maestría en Artes en la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

**Maestro y Secretario Técnico de la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

¹ Raúl Balderrama Montes y Roberto F. Pérez, *La música en Chihuahua 1890-1940*. Azar/Spauach, Chihuahua, 1998, p. 137.